

hombres de nuestro partido, pues se confunden unos y otros, a los que Vd. afirma que ni diez congresos del partido serían suficientes para modificar. Vd. ha aceptado ser esa bandera, o su portador. Hace tiempo que se le banquetea — con todo derecho — por elementos incorporados al partido muchos de ellos después de la revolución de septiembre. En el congreso de Santa Fe Vd. recibió el bautismo de fuego en esa lucha contra principios y hombres que, según sus propias palabras, tienen una tradición de 40 años en nuestra agrupación política. Qué de extraño puede haber en ello, si Vd. se expresa con el mayor desprecio de todos los socialistas del mundo — alemanes, italianos, austriacos, y conforme vayan cayendo, Vd. podrá enriquecer la lista —, es seguro que los nuestros no le merecerán mejor concepto. Me llama la atención que Vd. no tenga el mismo recuerdo para los comunistas de Bela Kun, de Thaelmann, para los maximalistas italianos de Serrati, pues yo no sé por qué toda la responsabilidad de las desgracias del proletariado deben recaer sobre los 7 millones, por ejemplo, de socialistas alemanes, "socialdemócratas", y nada sobre los 6 millones de comunistas, que estaban ofreciendo su receta a "las masas", como los primeros la suya. Esta es otra de las características de la literatura comunista, es decir, "doctrinaria", en el mundo entero. Parto, pues, del principio que Vd. acepta con agrado esa bandera.

Cuando llegamos a Santa Fe los desaprensivos "reformistas" y "discípulos" de De Mann, nos encontramos con que Vd. debía ser, o había dado ya, una conferencia que está incorporada a su librito "La lucha por el socialismo", que ha tenido la gentileza de enviarme. Yo creo que todo eso es una lucha contra el socialismo, a favor del comunismo, salvo una posición mental realmente insostenible. Esa lucha se realiza ahora con toda virulencia, pero sin lucha! Es decir, no ha sido hasta ahora lucha, sino trabajo de zapa. Día tras día cae la comisión de un nuevo centro en manos de hombres, muchas veces recién venidos, o de jovencitos que andan sin sombrero, algunos "estudiantes", otros "periodistas", muchos sin un trabajo demasiado absorbente. Estos hombres, socialistas intrépidos o comunistas timoratos, hacen la vida imposible a hombres que desde décadas han sido los puntales inmovibles del partido en esos centros, hombres que resistieron la tempestad de los "socialistas argentinos", de los "tartufos" (comunizantes del año 1917), de los "libertinos" de 1927. Ah!, me olvidaba de los "terceristas" de 1921. En Santa Fe, según se me informó de muy buena fuente, había un delegado que era reporter o cronista de un diario en cuyas columnas se hace la propaganda al señor Mussolini, que estaba con el grupo de delegados "doctrinarios". Otro "leader" era un joven egresado al partido en el año 1931, que tengo entendido que ya se definió. Formaban parte del grupo, como delegados o como "hinchas", abogados de abolengo, pero no socialista. Ese grupo pretendió postergar la discusión del informe del grupo de diputados nacionales, y yo tuve el dolor de verlo a Vd. participar de ese propósito, pues el informe no era distinto del que Vd. se había hecho aprobar en Mendoza, es decir, nuestra actuación no era distinta de la suya.

En esa conferencia Vd. se presentó como el portaestandarte de una causa del socialismo mendocino, que sería la que informa su conferencia, es decir, la de una revisión de métodos, la de una adopción del programa máximo. Debo hacerle notar algunos hechos. Primero, que yo no puedo comprender cómo se puede actuar en un cuerpo como esa legislatura, ajustándose, como Vd. lo hace, a normas de convivencia democrática y luego

decir fuera de ella las cosas que Vd. dice. Su librito "De la municipalidad a la comuna", me informa de cómo Vd. creyó que una carta orgánica de las municipalidades debía discutirse con la presencia de todos los partidos políticos y debía haber sido el resultado de una verdadera conjugación democrática — expresión legítima de "opinión pública", que es la negación de esa doctrina de la conquista del poder; — pero, a poco andar, Vd. cree, con la indiscutible opinión socialista del Dr. Sanchez Viamonte, que idéntico deseo del partido en la provincia de Buenos Aires, ha sido un error! Todas estas contradicciones son la resultante de una "postura" doctrinaria no clara, a mi juicio. Si somos demócratas socialistas, nunca caemos en estas contradicciones, si somos comunistas, tampoco. Segundo. Yo tengo la mayor simpatía por el socialismo de Mendoza. Precisamente, esta simpatía me viene de atrás. Cuando el socialismo de Mendoza votaba como un sólo hombre con Mory, en los congresos nacionales, yo lo comprendía, y cuando vota casi como un sólo hombre con Marianetti, lo sigo comprendiendo. Y quien comprende, simpatiza. Pero, mi querido amigo, aquí, en Buenos Aires, no sólo tenemos en mucho las causas del socialismo de Mendoza; también consideramos las del socialismo en otros puntos del país, y del extranjero. Hablo de socialismo.

Bueno. Yo creí que después de aquel episodio final del congreso de Santa Fe y de su sinceramiento en el tren, de regreso a Buenos Aires, todos estaríamos de acuerdo. Pero pronto "El socialista" de Mendoza me llamó a la realidad. Ud. trató de demostrar en él que no nos entendíamos.

Hoy, se nos rompe los oídos con una revista "Izquierda", en la Casa del Pueblo, en los actos que organiza el partido, en todas partes proclamando los artículos que para salvación del socialismo han escrito Vd. y otros ciudadanos. Nosotros, los desaprensivos "discípulos" de De Mann (le advierto que yo he leído a De Mann, pero que soy tan discípulo de él como de Wiclef), escribimos a diario y desde hace años, pero jamás hemos tenido la ocurrencia la perseguir a golpes de artículos a los inocentes "izquierdistas". Compré la revista, pues en su mesa de redacción estaba un amigo mío — Vd. — y pude notar que allí había para todos, para todos nosotros, los socialistas a secas. En la peor forma en que se puede combatir a las personas, es decir, con hipocresía, allí se las combate, porque, compañero, yo no soy hombre de pamplinas: según esa revista nosotros no somos socialistas, o por malvados, o por zonzos. Y no otra cosa quiere dar a entender la revista, naturalmente: hay que licenciar. Qué ocurriría si nosotros nos convirtiéramos todos a las "doctrinas" de "Izquierda"? Nos darían Vds. un banquete?

Un miembro del C. E., reviviendo un procedimiento que creo que no tiene más antecedente que el del diputado Carballo, acaba de dirigirse al partido, a propósito de un conflicto de centro, discriminando dentro del C. E. una "mayoría", contra la cual pone en guardia a los de abajo. Es la anarquía que apunta como resultado de las camarillas innovadoras, de las doctrinas de corrillo, de la acción de hombres que pasan por encima de los sacrificios sin cuento de los camaradas de muchos países del mundo, cuya gesta ignoran o conocen a medias, a quienes tratan —; qué audacia! de cobardes, de traidores, de bablecas..

Compañero Marianetti: Ya vé que lo difícil no es escribir. Ahora Vd. conoce mi interior sobre estos problemas. Podemos ser amigos. Yo creo todavía en Vd. Pero yo puedo ser amigo de un comunista, no de un socialista, intrépido, que no alcanza la temeridad del comunista para sentar campamento aparte, pero sí para demoler una

obra, que no me pertenece, o el prestigio de hombres cuya honradez, sinceridad y sabiduría son para mí indiscutibles. Hoy el partido está minado y habrá que salvarlo, de la ignorancia presuntuosa más que del error sincero, a mi juicio. Tengo el orgullo, si ello puede ser, de no haber tenido jamás ambiciones políticas. Créame que no temo por posiciones personales, sino por que creo fir-

memente que si el mal avanza, ello no será sino en perjuicio de la clase trabajadora, a cuyo dolor no soy insensible. Para mí, sus doctrinas no son otra cosa que el ataque mundial del comunismo, con los resultados conocidos, contra el socialismo, sin adjetivos. Reciba Vd. mis saludos cordiales, Manuel Palacín.

Respuesta del compañero Marianetti

Estimado compañero:

Acuso recibo de su carta de fecha 16 del actual, la que me apresuro a contestar por cuanto pasado mañana salgo para ésa.

Me dice en su carta que hace algunos días ha recibido dos nuevos libros o libritos míos, "doctrinarios" (entre comillas), como todo lo que sale de mi pluma desde 1932 a la fecha. En realidad, no todo lo que sale de mi pluma tiene ese carácter, aunque lo desearía inmensamente. Mis múltiples actividades me impiden dedicarme como yo lo quisiera a lo que constituye el centro fundamental de mis preocupaciones.

Debo rectificar, también, lo de la fecha. Antes de 1932 he tenido oportunidad de escribir algunas otras cosas del mismo carácter: por ejemplo, en 1928.

Reconozco que en su carta usted expresa casi todo lo que piensa de mí, de mis modestos trabajos y de la "Izquierda". Ya es una ventaja. Siempre conviene hablar claro y ésta es la oportunidad para que se expresen algunas cosas.

"LA CONQUISTA DEL PODER"

Vejo que usted aprovecha el acuse de recibo de mis dos últimas publicaciones para hacerme conocer — a dos años largos de distancia — su opinión sobre "La conquista del poder". Aunque ya conocía, por referencias, su juicio, le agradezco que me lo haya hecho conocer, ahora, directamente. Algo me había dicho ya, usted, sobre ese trabajo. Para usted, ese libro no ha sido otra cosa que "la edición a cargo de un socialista de Mendoza de pensamientos más o menos originales de la literatura comunista, tal como se pueden obtener en los libros que editan algunas bibliotecas españolas, a base de traducciones muchas veces anónimas".

Si usted ha leído el libro, habrá podido advertir que, en el prólogo, he significado en qué condiciones se hizo ese trabajo, cuáles han sido mis propósitos al publicarlo, y cómo no he perseguido, al hacerlo, ningún fin de originalidad. Nunca he tenido la pretensión de convertirme en inventor de teorías. El único propósito que me ha guiado ha sido el de conocer más o menos bien las ideas que informan nuestro movimiento y exponerlas en la forma más clara posible. Es decir, que me he colocado voluntaria y conscientemente en el papel de un propagandista y agitador socialista, creyendo que con ello podía ser útil a la organización a qué pertenezco, y, en consecuencia, a la clase trabajadora. Me he convencido, después de varios años, que, conocer nuestra teoría y nuestra doctrina(acepto su distinguido), es una tarea mucho más difícil y mucho más importante de lo

que se cree. Me he convencido, asimismo, que la tarea de los que ocupamos ciertas posiciones en el Partido, consiste, entre otras cosas, en tratar de aprender y de enseñar a aprender.

"La conquista del poder" pudo ser un libro en que yo, modestia aparte, pude decir con otras palabras, lo mismo que dicen los autores que desfilan por sus páginas. Pude abstenerme de hacer citas o de hacerlas en gran cantidad. Pero he preferido respaldar una posición en la obra maestra de nuestros guías insuperados. Quizás haya citado yo dos o tres autores (de los sesenta y tantos que menciono), que no han alcanzado una gran resonancia internacional, pero lo he hecho porque sus opiniones me parecieron muy buenas y porque — en definitiva — esto es lo que interesa. También he citado a autores socialdemócratas como Víctor Adler, que, a pesar de ello, han comprendido con alguna claridad ciertas cuestiones. Al pasar, debo advertir que no todas las citas son de las recientes ediciones españolas. Las hay en francés y en italiano, y las hay de libros que poseo y que leí desde la época que cursaba mis estudios en la Facultad de Derecho de Buenos Aires, cuando aún no habían aparecido en España las editoriales que tanto le disgustan a usted.

En este libro, he preferido reverdecir las viejas y gloriosas páginas de nuestro pasado teórico, porque me ha parecido que para un socialista ello era más importante que reverdecir los laureles de Caaguazú.